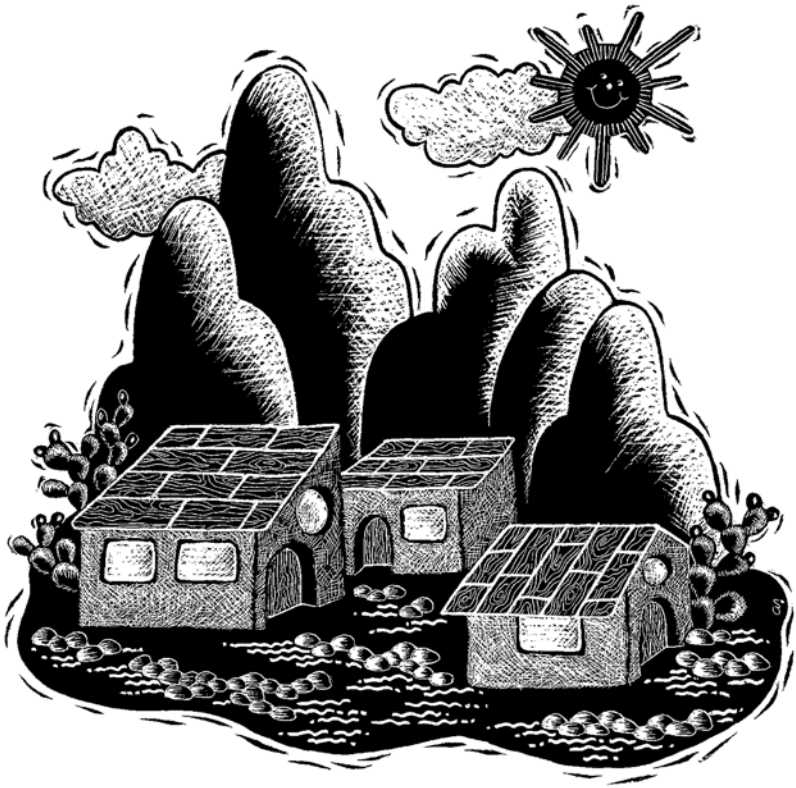
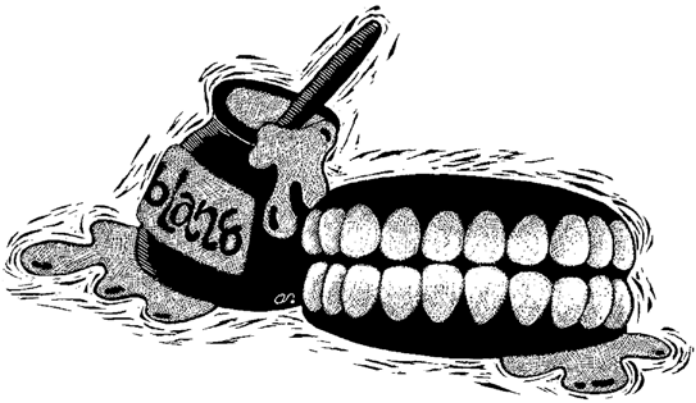
Algar
Colección
Calcetín
Ignacio
Padilla
Las tormentas
del Mar Embotellado
Dibujos de
Ana Ochoa

1
Un pueblo que se llamaba Lejos





El abuelo Enrique sí que sabe contar cuentos. Cada tarde, después de la escuela, los niños del barrio van a su casa, se sientan muy callados junto a él y lo escuchan durante horas y horas hasta que se hace de noche. Entonces el abuelo Enrique les dice adiós, prometiéndoles que al día siguiente les contará otra historia. Una historia nueva, llena de piratas, dragones, princesas y brujas.

Todos los niños y la demás gente del barrio lo llaman abuelo, porque es muy viejo y muy amable, aunque a veces le entra un poco lo gruñón. Tiene además una dentadura postiza que está hecha de madera. Él mismo la fabrica con una navaja que lleva siempre en el cinturón. Luego la pinta de blanco y se la pone en la boca

con cuidado para que todos puedan ver su gran sonrisa. Y cuando esos dientes de madera se le gastan de tanto comer manzanas y contar historias, hace otra dentadura, y otra, y otra... Así es que el abuelo Enrique vive contando historias y raspando la madera para no quedarse sin dientes y sin sonrisas. A veces se saca esa dentadura y los niños la miran con gran asombro, aguantándose un poco la risa.

En fin, el abuelo Enrique es un viejo divertido. Es el abuelo del barrio y de todos los barrios donde a la gente grande y pequeña le gusta reír y escuchar cuentos.

Dice el abuelo Enrique que nació en el desierto, en un pueblo que al principio se llamaba San Juan de los Azulejos, pero todos lo llamaban sencillamente Lejos. Y, en efecto, ese lugar estaba tan apartado de las ciudades y de los demás pueblos del mundo que, cuando el abuelo Enrique era joven, tuvo que caminar muchos días y muchísimas noches para conocer otros lugares.

En otros tiempos –cuando el abuelo Enrique era solamente el niño Enriquillo– no existían aviones ni coches ni las escandalosas motos que ahora pueden correr más aprisa que los caballos.

Es más, en el pueblo de Lejos había sólo una carreta muy antigua, y las mulas que tiraban de ella eran tan holgazanas que para llevarlas de un lado a otro era necesario empujarlas. Por eso la carreta y las mulas se quedaban casi siempre en el corral: apenas las usaba la gente para traer agua fresca del pozo, que también quedaba bastante lejos del pueblo del niño Enriquillo.

Una vez, el abuelo Enrique les contó a los niños del barrio que un hombre quiso salir de Lejos en un globo lleno de gas, pero como el pedido de gas nunca llegó al pueblo, el hombre tuvo que rellenar su globo con vapor de agua para que pudiera volar. En Lejos la gente apoyó con entusiasmo aquel proyecto y se quedó varios días sin agua para que el globo pudiera llenarse completamente de vapor. Sin embargo, cuando llegó el gran momento de lanzarse a volar, todos se dieron cuenta de un tremendo olvido: tanto se habían ocupado de rellenar aquella enorme bolsa con aire caliente, que se les había olvidado hacer una canastilla para que el hombre pudiera subir en ella e iniciar la aventura hacia las ciudades. Entonces, aquel hermoso globo sin pasajero se les escapó de las manos y voló y voló por los aires. Y

cuando el globo estuvo más alto que los gavilanes empezó a dar vueltas entre las nubes, como un ratón asustado, hasta que se perdió de vista detrás de las montañas.

Muchos meses después un viejo indio que vivía en la sierra cazando serpientes apareció en la plaza de Lejos con los restos de aquella fatal aventura. El indio había encontrado el globo sin vapor en el suelo y lo había cortado en pedazos que vendió a la gente para que se abrigara del frío cuando llegara el terrible invierno del desierto.